

Apología de la merideñidad A propósito de Tulio Febres Cordero

*... porque en materia de historia
no hay libro completo.*

TFC

Testimonio y “*natural inclinación*”

Hay cierta extraña afinidad, aún no muy bien esclarecida, entre la letra y la personalidad de quien la escribe. Es una suerte de relación mágica entre la manera como se escribe, los temas que se plantean, la forma de abordarlos y la psicología de la pluma del escritor que no expresa otra cosa que su forma de ser, sus actitudes ante el mundo y la vida, su humildad o prepotencia a la hora de lanzarse a la aventura intelectual, para explicar, acotar, proyectar y posibilitar conocimiento sobre variados temas. En materia de pluma y personalidad, lo que distingue al hombre es su lenguaje y su racionalidad. Acaso no sea éste el lugar propicio para fantasear sobre el tema. Pero, por simple curiosidad psicológica, lo planteo porque siempre me llamó la atención –desde su escritura y sus actividades prácticas– la personalidad de Tulio Febres Cordero (1860-1938).

De genio dócil y amable, sonrisa franca y aguda curiosidad, teniendo por norte el lema de perseverancia y modestia, contrastaba con la petulante figura del intelectual venezolano del entresiglo. Hasta qué punto la temática tratada y su modo de exposición eran subsidiarios de este carácter personal, es algo que no ha de soslayarse. Cualidades que el escritor define

como “*natural inclinación*”. Y a causa de ésta es que siempre “*hemos aspirado en nuestras producciones a exponer las ideas con lacónica sencillez, sin divagaciones ni encumbramientos fantásticos, sobre todo en trabajos del género histórico*” (ver “Prospecto”).

Además, una hipotética lectura de caracteres que permita vaticinar o esclarecer a partir de su escritura la personalidad del escritor, nunca estará demás a la hora de presentar una obra escrita en claves para permitir descifrar la historia de una región geográfica, y también de una cultura que no deja de tener sus encantos y enigmas. Sus musas tuvieron diversos perfiles, resumen de las mejores artes. En primer lugar, Febres Cordero no sólo fue investigador, catedrático, orador y escritor. A estas actividades básicas se le unieron otras curiosas labores. Fue también cronista, recopilador de mitos, leyendas fantásticas y tradiciones, cuentista y novelista. En este escenario su obra fue impecable, escrita con la pluma resplandeciente de sus queridas águilas blancas. Pero, fuera del mundo de las letras, fue relojero, mecánico, tipógrafo, impresor mediante novedosos métodos, e inventor (recuérdese su célebre IMAGOTIPIA¹, por ejemplo), amén de haber sido decano y rector honorario de la Universidad de su tierra natal. Y uno se pregunta, qué difícil ha debido ser consagrarse a estas disímiles actividades en aquella aislada y remota región de Los Andes venezolanos en las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX. Más aún, si la vida de don Tulio permaneció siempre fiel y sedentaria en su fresco y majestuoso paisaje serrano. Se necesitaba una como muy aguda originalidad –o, acaso un excesivo aburrimiento e ingenio– para dedicar los pasos y sus días a este género de excentricidades. O, ¿es que así eran de inquietas y creativas aquellas generaciones de merideños?

¹ Procedimiento de dibujar imágenes con tipos de imprenta. Su invención correspondió a TFC ante la necesidad de ilustrar la revista *La Semana*, en número de 1885, con retrato de Bolívar. De allí que sea este un “*arte de origen exclusivamente merideño*”, como contundentemente lo afirma su inventor.

Según Picón-Salas, don Tulio descendía de los más viejos y famosos linajes de la Venezuela colonial y de los años heroicos de la República², lo cual tampoco es garantía de semejante muestra de agudeza e ingenio. Por el contrario, según su expediente personal, don Tulio debía ser más bien depositario de un linaje de andariegos, místicos y guerreros; con alguna vena o vocación literaria que le vendría por el lado de su padre, ilustre jurisconsulto y catedrático de la misma casa de estudios andina. Pero, además, su historia vivida y un poco de gusto “*añorante de plática de próceres y abuelos que tiene la obra literaria de don Tulio, procede de haber conocido en su infancia a aquellos últimos veteranos de los días heroicos, viejos letrados y guerreros que paseaban sus reumas y sus anécdotas por las soledosas calles de Mérida*” (Ibídem). Los distintos servidores de la patria que volvían a Mérida a ver el atardecer de su vida de robles eran como museos vivientes, de donde aprendían jóvenes idealistas y curiosos como don Tulio. Es, precisamente, a través de la historia vivida que él se liga con antecesores y contemporáneos; recibe una herencia cultural, al igual que unas claves espirituales. Es como una suma de circunstancias históricas y sociales cuya fuerza soterrada actúa cual impulso condicionante sobre el individuo, su obra y su letra.

Llegamos, así, a una multiplicidad psíquica. Llegamos a un marco misterioso dentro del que se ajusta una personalidad y una obra, suerte de material enigmático, legendario e histórico que reposa subconscientemente para inspirar la vida y la acción de Tulio Febres Cordero. Del fondo más vivo de su alma de merideño verdadero reconstruyó, hace tres cuartos de siglo, esta fascinadora y poderosa *Clave histórica de Mérida*³ que tengo el gusto de presentar en estas páginas. La sacó del fondo de su archivo histórico y sentimental, así como de sus apuntes sueltos, como para dar a conocer al

² Picón-Salas, M., *Don Tulio, Rapsoda de Mérida*, Caracas, diciembre, 1951.

³ Febres Cordero, T., *Clave histórica de Mérida*, Mérida: El Lápiz, 1930.

mundo uno de los grandes temas de su pasión: Mérida. El invocar las especificidades de su cultura por medio de la descripción de anécdotas, hechos, lugares y fechas constituye el archivo, suerte de materia prima para el pensamiento y para la escritura de su historia. El efecto esclarecedor parece continuar siendo cuestión viva todavía hoy, a la hora de indagar sobre las maneras de ver, de pensar, de sentir, de vivir la cultura merideña. Tanto en materia narrativa –cuento y novela– como histórica, incluidas las leyendas de la historia, don Tulio piensa, siente, vive y se expresa como merideño.

Ejercicios históricos

*...cada generación conoce y juzga según
el espíritu de su época.*

TFC

El detalle en la obra de TFC no es insignificante ni puede ser soslayado. Y de detalles está repleta la *Clave histórica de Mérida*. “*Personas, hechos, cosas, lugares y fechas son las materias primas con que se construye el monumento de la historia*”. Pero, al mismo tiempo también en sus páginas encontrará el lector la más útil información en diversas materias: costumbres, folklore, temas regionales o de carácter nacional, literatura, artes, industria, vida social. Apartado de los exotismos innecesarios (“*a fin de que predomine el criollismo como orientación permanente*”), resalta una orientación social que da asidero permanente a los fundamentos de su propia cultura. El *Prontuario informativo*, ordenado en orden alfabético, con que finaliza la clave histórica es una suerte de enciclopedia en miniatura donde se trata el origen de las cosas más cercanas a la cultura de la meseta, sea en materia de historia, de agricultura, literatura, leyendas, datos u objetos curiosos producidos en Mérida.

El lector que espere encontrar en las páginas de don Tulio las más fáciles metáforas del cosmopolitismo, las hipérboles exóticas o el lenguaje de la imitación extranjera –lugares comunes que azotaron a finales del siglo XIX buena parte de la literatura venezolana e hispanoamericana en general– no acudió a buena fuente. Se trata sólo de cultivar la *bonne parole*. Don Tulio escribe y piensa consciente de sus actos, de su entorno natural y cultural. Es por ello que en su escritura, uno siente que expresa parte de sí mismo, pero además, expresa también a aquellos que no se atreven a hacerlo, aquellos que no son capaces de plasmar sus sentimientos o pensamientos

porque no dominan su lengua escrita. Don Tulio, “Rapsoda de Mérida”, le llamó uno de los grandes de nuestras letras. Su pensamiento y obra no fue una guarida de silencios, sino que perteneció a otra estirpe: aquellos escritores-archivistas, prolíficos, quienes al mismo tiempo que renuevan se hacen inclasificables con relativa comodidad. En sus relatos y anécdotas se observa un encantamiento, lenguaje poseído por el esplendor de quien ama lo que hace, detalles nacidos de la curiosidad reflexiva y, sobre todo, de la utilización del arte de la modestia: “*Este libro no es propiamente una historia, sino una mera recopilación de datos relativos a Mérida que pueden dar idea sobre su vida política, civil, eclesiástica, cultural y económica desde los tiempos más remotos hasta el presente*”. Así amonesta TFC al lector de las páginas donde compuso su *Clave histórica de Mérida*, como para conjurar cualquier desplante de erudición.

Algunos lo sabrán, pero para quienes lo desconocen debo subrayar algo elemental: los méritos de don Tulio en las letras nacionales y continentales se desvanecen ante el significado que su obra tuvo para la cultura de la meseta. Al decir de Picón-Salas, “*Mérida y él habían sellado un como pacto de fidelidad poética*”⁴. Darle un carácter de venezolanidad a aquella historia que se había confundido hasta finales de la Colonia con la del Virreinato de Nueva Granada, es el *leitmotiv* de su tarea histórica. Desentrañar vida y obra de aquellos agricultores, pobladores y letrados que formaron la cultura de la sociedad colonial y luego republicana, en los campos de trabajo, en los pueblos y ciudades, en los claustros o en las bibliotecas es de lo que trata la *Clave histórica de Mérida*. El lector tiene entre sus manos el esbozo de un paisaje cultural, la invitación de una escritura expresada con sencilla gracia, evocando el calor de una amena conversación.

⁴ *Don Tulio, rapsoda...*, op. cit.

Claves de la merideñidad

El tiempo para el que nace en Mérida es como un tiempo denso y estratificado (...); el pasado se confundía con el presente y personajes que vivieron hacen tres siglos, o no vivieron sino en la medrosa fantasía de algunos merideños, eran los testigos obstinados, los fantasmas de nuestra existencia cotidiana.

Mariano Picón-Salas

1943

Cuando nos referimos al esbozo de un paisaje cultural, estamos pensando en una descripción del trato en una sociedad. En el caso de Mérida, el paisaje cultural está cruzado, justamente, por ese “*tiempo denso y estratificado*”, rasgo que define el trato entre la gente. La obra entera de don Tulio es sobre esa sociedad donde pasado y presente se confunden; es sobre lo que han hablado, lo que han pensado, cómo han actuado los hombres y los grupos sociales de esa sociedad. Se trata, entonces, de reconstruir las palabras, los pensamientos y las acciones entre ellos. Valga insistir en que la palabra *entre* es fundamental porque la sociedad es ante todo relación; y no es otra cosa lo que representa esta palabra. Unas veces relaciones de oposición, otras veces de afinidad. Pero, lo básico en don Tulio es que por ser entrañablemente merideño no podía describir otra región o país. La mayoría de sus libros se ocupan no sólo de la sosegada ciudad andina, sino también de sus campos, de sus sanos y laboriosos agricultores y, sobre todo, de sus antepasados, de sus mitos y leyendas, de su historia, de sus artes. Se trata de una descripción viva, de la cual el propio Febres Cordero era testigo. Por eso, “*era ya –al cumplir los treinta años– el rapsoda y depositario de todos los secretos y consejas de la ciudad; el insustituible resucitador de muertos*” (Picón-Salas *dixit*).

Las comunidades humanas, siempre imperfectas, están movidas por un doble ritmo de unión y separación. Mérida es un fragmento de la historia venezolana, la cual es a su vez un fragmento de la historia universal. La cultura merideña tuvo trescientos largos años –hasta el tiempo histórico de don Tulio– para sedimentar ciertas características que le diesen a su comunidad raíz y rostro propio. Por su condición geográfica se formó como una sociedad cerrada sobre sí misma, dividida en distintas actividades que le daban su carácter unitario. Lo interesante a señalar y que nunca debemos olvidar es que esa unidad le comenzó a ser dada por la colonia española. La dominación política española –como ocurrió a lo largo y ancho del suelo y cielo americano– resolvió la tendencia a la disgregación prehispánica en una unidad. Por una parte unidad política, la condición colonial por la fuerza e impuesta. Por otra, unidad religiosa: no sólo impuesta sino adoptada *motu proprio* por los nuevos creyentes, justificando de esta manera la Conquista. Después, toda la América hispánica se convirtió en territorio católico, adorando la religión de la Cruz y hablando español. Pero, también España logró construir una unidad mental por cuanto permitió el desplazamiento hacia la otra orilla de las instituciones de la *paideia* occidental, con sus vástagos más preciados: la fe y el lenguaje de la ciencia y la razón, todos enseñados en las principales aulas universitarias coloniales.

En este orden, los valores culturales hispánicos se expandieron fácilmente hacia las montañas andinas –Mérida, “*la más española de las ciudades de Venezuela*”– antes de la ruptura con el orden colonial, como fundamento de una vocación de sus habitantes de saber-ser-y-estar en el mundo. El resultado fue la formación de un paisaje cultural que encerrado y satisfecho en su pacífico entorno natural se dedicó a definir su propio ser, sus propios cánones y valores, sus creencias, sentimientos y pasiones. La historia justificaría el título medioeval contenido en el nombre de aquella ciudad –neogranadina hasta 1777, venezolana desde entonces– erguida frente a los picachos de la Sierra Nevada: Santiago de los Caballeros o Ciudad de los Caballeros. Donde las representaciones mágicas estuvieron pre-

sentés desde el mismo comienzo. Así describe Febres Cordero, en su *Clave histórica...* el momento de la “*fundación y conquista*”:

*Atraídos por la fama de inmensas riquezas existentes
en la falda de la Sierra Nevada, varios capitanes españoles
emprendieron la conquista de dicha Sierra que habían dividido
desde los llanos los soldados de Federman y Spira*⁵.

Las riquezas eran inmensas, es cierto, pero no de origen pecuniario sino más bien telúrico y cultural (“*La posición geográfica de Mérida es de las más bellas y ventajosas*”, TFC). Las inmensas riquezas no estaban tanto en la tierra como en la naturaleza y en el cielo merideño y en las civilizaciones que allí moraban. Desde ese entonces, entre la sensibilidad originaria y un entorno natural privilegiado, se ha ido formando una alma merideña, una especificidad cultural que podemos llamar: la merideñidad. Donde lo extraño se aproxima no como combate o negación sino como fusión. Luego de haberse desarrollado durante siglos como un régimen culturalmente autárquico, comenzó a amasar nueva raíz y nuevo rostro con los primeros contactos europeos. Del contacto de dos viejos mundos, porque viejo era el indio como viejo era el europeo, se fueron fundiendo dos aires culturales: el de la vieja América y el de la vieja Europa. Asimilamos la religión de la Cruz a las creencias indígenas; y a la lengua de Castilla le imprimimos suavidad y refinamiento en el trato. Basta sólo observar lo prolífico del uso de la segunda persona del singular en el trato entre la gente.

Aprovechemos el camino andado por don Tulio y preguntémosnos por lo que nos hace ser lo que en el fondo somos, pensemos en esa rara madera que alberga la intimidad de las cosas, de nuestras cosas. Y es a este nivel

⁵ *Clave histórica...*, ibídem, utilizo para este estudio introductorio la edición conmemorativa de las obras completas de TFC, tomo IV, prólogo de Rafael Caldera, Mérida: Editorial Antares, 1960, p. 9.

indagatorio donde su obra resulta útil: aclara orígenes, fuentes y fines, y nos ayuda, también, a entretejer con alguna claridad los ardidés que hay en las cosas vividas y en las cosas escritas.

La cultura merideña descansa su particularidad en una base formada por tres vértices o condiciones: *lo universitario, lo agrario y lo eclesiástico*. Las tres son condiciones que conviven entre sí, las tres se juntan, se superponen, por veces se funden y se confunden en una sola. Las tres definen el ser merideño: *la Universidad, la Agricultura y la Iglesia* constituyen las tres instituciones sin las cuales Mérida no es reconocible⁶. Los discursos inherentes a estas instituciones gobiernan la condición cultural de sus habitantes. Esa triple condición difícilmente se consigue en otra ciudad o región del país, y acaso tampoco en ninguna otra parte del mundo. Desde allí surgieron, entonces, un orden familiar, un orden religioso, un orden intelectual y un orden agrario de la vida como no se encuentra paralelo en otras comunidades. Es comprensible entonces que tanto las claves de su historia como su historia misma sean atrayente desde todo punto de vista.

Desde la educación, siempre ha sido Mérida una ciudad culta, educada. No sólo se trata de rememorar los casi dos siglos que ya tiene su Universidad, sino también la tradición colonial del Colegio de Mérida o de aquella primera escuela de “*Oficios Útiles*” que el Canónigo Uzcátegui ofrecía vanamente desde la cercana villa de Ejido al Rey de España a fines del siglo XVIII. Pero la cultura no sólo es educación, también es música, también son bibliotecas, periódicos, libros, y, por supuesto, esa cultura se expresa en tratados y tratadistas, esa cultura se refleja en la obra de teólogos y juristas quienes han dado cuenta de nuestro proceso intelectual. De ellos, da cuenta don Tulio en su clave histórica. Adicionalmente, rememoremos, por oportuno, a Mariano Picón-Salas, quien resume así la condición cultural de Mérida:

⁶ He desarrollado este argumento en otras partes. Ver, “Consideraciones sobre la cultura merideña. (A propósito de un libro)”, *Academia de Mérida*, año 8, No 17, agosto-diciembre, 2003; “Visiones de Mérida”, en *Así son Los Andes*, Caracas: Ediciones Diagrama, 2005.

*Nuestra tradición de cultura –por modesta
que ella parezca– nos hizo en general gentes
reflexivas, corteses y razonadoras* ⁷.

Por supuesto que era una larga tradición de cultura. Desde 1558 se asimiló sin interrupción alguna lo que los extraños traían entre sus aperos. Además, don Tulio era, en cuanto a su personalidad, reflexivo, cortés y razonador, como todo merideño. En cuanto a su vida y obra se conjugan armónicamente las tres condiciones aludidas anteriormente: *lo universitario, lo agrícola y lo eclesiástico*. El libro que presentamos está repleto de noticias históricas relativas a estas tres condiciones de la merideñidad. Aporta datos que no hacen sino acendrar las mismas. Íntimamente, en otro lugar, en su narración autobiográfica, “*Memorias de un muchacho*”⁸ (1924), deja deslizar las condiciones de su cultura que no son otras que las de la meseta donde se formó bajo el cobijo del tierno amor por sus mayores, la pasión por los libros y por las cosas de su tierra: “*En dos palabras, era Mérida una ciudad sedentaria, de letrados, eclesiásticos y agricultores, en que abundan los misterios de romántica belleza tras las celosías y los grupos de estudiantes andariegos, propensos siempre a la aventura*”. El elogio al entorno natural –cualidad de la merideñidad– no quedaría atrás. Las palabras hermosas dedicadas a su aire y cielo también quedarían plasmadas: “*Nunca más encantadora Mérida que en los días serenos de diciembre y enero. Aire fresco y purísimo, bajo un cielo diáfano; centelleante la nieve sobre los campos. Todo canta y sonrío, a dondequie-*

⁷ Picón-Salas, M., “En la Universidad de Los Andes”, incluido en *Viaje al amanecer / Nieves de antaño. Homenaje a Don Mariano Picón-Salas en los 423 años de la Ciudad de Mérida*, Mérida: Asamblea Legislativa, 1981, p. 172.

⁸ *Vida provinciana. Historia de un Muchacho*, incluida en el tomo VI de las *Obras Completas*, op. cit., pp. 248-251.

ra que se vuelvan los ojos en estos días serenos y luminosos de la montaña”. Y, como no podía faltar, junto al horizonte limpio de nubes, las rumorosas y cristalinas aguas, los variados y pintorescos paisajes, estaba su entorno social –básicamente agrario– sin el cual el fresco cultural quedaría incompleto: “festiva la gente en el poblado y los campos”.

Las historias de don Tulio siempre registran hechos que enaltecen a Mérida y a sus hombres. Y por si este registro no fuese suficiente, don Tulio acude a menudo al juicio de cronistas, historiadores y testigos como para dar asidero firme a cuanto escribe. Fray Pedro Simón, “nuestro historiador más antiguo”, señaló que “los merideños salían de buenos ingenios”. El historiador colombiano Piedrahita los califica de “valientes y pundonorosos”. Enseguida añade: “los que se aplican al estudio son de claros ingenios y constantes en seguir la virtud”. Nuestro civilizador Codazzi, por su parte, afirma: “los merideños tienen bastante perspicacia, profundidad en sus ideas y afición a la literatura. Ninguna clase desdeña el trabajo”⁹. Mientras que el escritor colombiano Isidoro Laverde Amaya escribe, en sus memorias sobre *Un viaje a Venezuela*, no tanto sobre su gente como sobre el emplazamiento físico de la ciudad: “vive, como si dijéramos aislada, independiente, recogida en el silencio y entregada a la poética soledad de sus hermosos campos”.

⁹ Ver *Clave histórica...*, tomo IV de las Obras Completas, op. cit., p. 46.

Sensibilidad originaria “*un santo laico*”¹⁰

*Soy el primero en reconocer que es el doctor Tulio Febres
Cordero una de las dos o tres glorias auténticas
de mi tierra, siempre triste y siempre bella: Mérida.*

Raúl Chuecos Picón¹¹

1918

La condición eclesiástica y religiosa de Mérida y de quienes allí habitan es consustancial a su propia cultura. Se es religioso antes que cualquier otra cosa, la religión no se escoge, nace con el propio individuo. En su obra don Tulio recoge en ciudades y pueblos testimonios de indiscutible valor, testimonios insustituibles de esa religiosidad, esos rasgos de cultura eclesiástica. Cuando digo la condición eclesiástica sobre la que reposa la cultura de la meseta andina, no sólo aludo a su relación con la Iglesia católica y pontificia, lo que quiero subrayar con especial atención es la religiosidad presente en esta cultura. Junto a los viejos dioses, aprendimos a orar al Dios de los españoles. Asimilamos la religión de la Cruz a las creencias indígenas. No hay pueblo que no se distinga por alguna actitud o especialidad. Si pudiéramos asignar una al merideño, no dudaríamos en escoger su religiosidad. Este rasgo le distingue incluso de sus vecinos. Don Tulio siempre insiste en aquellas costumbres religiosas y las particulares manifestaciones que se ob-

¹⁰ Calificativo que Picón-Salas le da a TFC en el plano literario: “*Es don Tulio en la actual literatura venezolana ‘un santo laico’, en medio del mal del siglo su personalidad (...) parece como surgir de un medallón antiguo (...)*”, en “Don Tulio Febres Cordero”, en *Veinte Años (Revista de Juventud y Arte)*, Mérida, (1), No 1, diciembre, 1918.

¹¹ Chuecos Picón, R., “Los cuentos sin fondo de Don Tulio”, en *Veinte Años (Revista de Juventud y Arte)*, Mérida, (1), No 1, diciembre, 1918.

servan en Mérida. Un caso típico es la conmemoración popular del nacimiento de Jesús. Aunque tradición universal en el seno del cristianismo, “*la devoción de representar el pasaje bíblico con imágenes de bulto en los hogares, reviste en Mérida el carácter de una afición dominante, de que no pueden sustraerse las familias, afición por extremo simpática, muy piadosa en el fondo, a la vez que creadora de artes e industrias especiales...*” Adicionalmente, es materia de reflexión, por ejemplo, la existencia de capillas por doquier, a lo largo y ancho de la geografía de la meseta.

En la *Clave histórica...* se registran entre templos y capillas al menos treinta de ellos. Sin contar los templos extinguidos para el momento de hacer el inventario, los cuales alcanzan unos diez. Alrededor de cuarenta templos y capillas para una población que no alcanza los cien mil habitantes es una proporción bien alta. Precisemos que estas cifras se refieren únicamente a la ciudad de Mérida y sus campos aledaños; y a las capillas públicas. Aún habría que añadir las capillas o lugares de oración que se encontraban dentro de las principales haciendas. En materia de congregaciones religiosas, por su parte, se cuentan catorce existentes en la ciudad; y en cuanto a las sociedades católicas para el culto, suerte de núcleos animadores de la condición eclesíástica de la cultura, se registran once. Cada una celebraba su fiesta, poseía su templo y su patrona. La carga religiosa que anima a cada uno de estos templos y sociedades es considerable. De ella dependió la formación de una tradición transmitida de generación en generación.

A la religión le deben los merideños la arquitectura de sus valores, de su conciencia y mentalidad reposada. Para el clero —aquellos sermoneadores en las diferentes ceremonias religiosas o en las misas dominicales—, su gran preocupación ha sido siempre la de mantener a raya la Fe católica; al frente de cuyas funciones se encuentra la legendaria figura del arzobispo de mitra y báculo acendiando la religión de la Cruz, aconsejando a sacristanes y beatas. La nómina de los prelados que tuvo la sede emeritense desde 1782 hasta 1927 es cuidadosamente recopilada por TFC como parte de la clave histórica de Mérida, amén de los deanes de la catedral, cuya lista se despliega desde 1792 hasta 1901.

Ciudad labriega y estudiosa

*No era rural la casita sino urbana, pero tenía
frondoso huerto, a la merideña, o sea un
parque de árboles frutales, que le
daban en el interior el risueño aspecto de un campo
en miniatura, poética residencia...*

TFG

Memorias de un muchacho, p. 254.

La atmósfera social tiene en Mérida un aroma de universalidad, como si se tratase de estar consciente de los asuntos de la humanidad entera. Este aroma se debe principalmente a la Universidad. De esta institución se ocupa cuidadosamente TFC. Es que la Universidad crea –no sólo en la ciudad que la alberga sino en cada uno de los rincones de su geografía– una comunidad de vida intelectual y también de elocuentes actitudes ante los valores universales. De allí que Mérida haya sido desde fines del siglo XVIII el principal referente cultural e intelectual del país.

Todo esto concierne a la condición universitaria a que ya hemos hecho referencia. La meseta albergó gente de toda la República que aquí venían a estudiar; estudiaron, leyeron y discutieron para luego salir en suerte de diáspora como emprendedores de cultura. El fresco de la ciudad ha permanecido invariable:

*Siempre fue Mérida –escribe Picón-Salas– ciudad culta y
pacífica, de letrados, poetas y gentes corteses que no
podían defraudar el compromiso de estudio y
meditación que convida su incomparable paisaje.*

A pesar del angustioso aislamiento en que vivía el país, a comienzos del siglo XX, los doctores merideños lograron que la influencia de sus lecciones e investigaciones fuesen más allá de las principales calles de la ciudad. Y de su entorno salieron representantes de novedosas ciencias: Julio César Salas en sociología y antropología, José Ignacio Lares en etnología, Gonzalo Picón Febres en materia de crítica literaria y de novela realista-regional. Febres Cordero le prestará gran atención a esta condición universitaria de su cultura, aparte de ser él mismo parte de la ilustre casa de estudios superiores. En su clave histórica no sólo aparece una lista con el registro de los rectores divididos en tres períodos: 1795-1830, 1832-1884 y 1884-1930, además, se refiere don Tulio al vástago principal de la institución universitaria: las bibliotecas. Estas se reducían a dos que en realidad era una: la biblioteca de la Universidad de Los Andes, incluida la del antiguo Seminario dotada por el obispo Torrijos, y las bibliotecas de los antiguos conventos de los jesuitas, los dominicos y los agustinos.

Lenguaje de las frescas rosas criollas

*Que cuando don Tulio calle, Mérida no será
Mérida, estas callejuelas no nos sabrán a
España, bajo los arcos de piedra de nuestros
viejos templos [...] no se verán pasar sombras...*

Mariano Picón-Salas

1919

Hasta bien entrado el siglo XIX, en Mérida habíamos tenido letrados, doctores, poetas buenos e inspirados, otros menos buenos y menos exquisitos, historiadores, juristas, guerreros, canónigos con calzones bajo los hábitos y educadores; pero no habíamos tenido un depositario de los secretos y claves culturales de la ciudad. Su origen legendario e histórico, aunado a su destino personal, quiso que fuese Tulio Febres Cordero a quien le correspondiera la interpretación poética, legendaria, costumbrista e histórica de la serrana meseta. El escudriñador audaz hallará en la obra de TFC las claves para entender la cultura de Mérida, en un estilo en el que la buena curiosidad se complementa con la labor de historiador, o sea, de desenterrador de leyendas, expresadas con el elocuente lenguaje del viento que no hacía sino semejar el cristalino rumor de los ríos serranos, el latir del corazón y del pensamiento de sus habitantes.

Por las diferentes páginas de sus obras pasan, así, en síntesis apresurada, la historia, los mitos, las curiosidades, las tradiciones de toda una cultura, pero pasan también las intimidades de la mentalidad eclesiástica, agraria y universitaria de aquella Mérida de sus días que muy poco se diferenciaba de la vetusta ciudad colonial. Su lenguaje expresaba un animado reflejo de los cuadros de la vida lejana pero también de la cotidianeidad de la sociedad, de su propia circunstancia. De allí la pertinencia de insistir en lo ya planteado al comienzo de este estudio: la tremenda necesidad interior que

obligó a este curioso hombre a crear su propia síntesis de su cultura; a dar en pocos libros sus misterios, registrar en páginas llenas de gracia los anales de toda una sociedad, recoger y narrar las curiosidades de los hombres y mujeres de esta serranía.

El legado de TFC¹² ha permitido madurar el conocimiento sobre nosotros mismos. Contra las estáticas actitudes del hombre andino, para quien la cultura era como la simple conservación de fórmulas importadas correctamente venerables, don Tulio reivindica su derecho a buscar las ondas más lejanas de sus coterráneos lo cual sólo podía surgir de su curiosidad y ansia por hacer comprender. En este sentido, su lenguaje no es sólo un fresco de exaltación de lo autóctono, sino que es una suerte de vínculo de unión –y de expresión– entre la historia y una literatura realista. Habían permanecido callados por mucho tiempo los mitos y leyendas de nuestros orígenes, la visión de la naturaleza y sus expresiones, las curiosidades de los pueblos, los “*correvediles*” políticos y literarios, la sátira en torno a las gestas heroicas, el examen de algunas curiosidades lingüísticas hasta que ese “*más dulce y entretenido abuelo de la región merideña*”, (Picón-Salas *dixit*) dedicase nobles esfuerzos a rescatarlos y fabularlos. Acaso sea esta la primera razón de su tarea histórica y literaria. Y habría que añadir que su dedicación a organizar nuestros anales, a descubrir nuestras costumbres no impidió el despliegue de hondas dimensiones sociológicas, literarias, históricas y pedagógicas en su obra.

En una como naciente sociología *naïve*, TFC logró captar y expresar las representaciones fundamentales de la merideñidad, o bien se dedicó a desenterrar materiales para su estudio y comprensión. Y esto sin inclinarse

¹² En cualesquiera de sus obras, *Clave histórica de Mérida*, *Archivos de historia y variedades*, *Procedencia y lengua de los aborígenes de los Andes venezolanos*, en sus *Décadas de la historia de Mérida*, en las *Memorias de un muchacho*, en su *Don Quijote en América*, *La hija del cacique* o en su empresa periodística *El Lápiz*, se expresa toda una manera de ser y ver las cosas del mundo desde la perspectiva de una cultura.

a imitar los muy aplaudidos modelos foráneos de su tiempo. Por el contrario, el llamado a la juventud, no sólo de Mérida sino de Venezuela y de todo el continente, es trascendente: “*A vosotros os toca, ¡jóvenes pensadores de la época! combatir gallardamente por una tercera emancipación: la emancipación literaria de Hispano América*”. El ya no imita a los españoles como los escritores post-independentistas (Baralt, Olmedo, Andrade, Már-mol), sino que habla un lenguaje lleno de provocaciones e intenciones propias.

Tampoco hay en la obra de TFC el choque del hombre culto con un medio que encuentra todavía primitivo y desorganizado. Lo que sus narraciones inspiran es más bien una suerte de historia social, de adecuación al medio. Así las cosas, TFC fue un testigo invalorable y delicioso de ese siglo XIX provinciano que se prolongaría casi hasta el final de la autocracia gomecista.

En su avidez de comprender para hacer comprender, de registrar para permitir actuar, don Tulio no se contenta sólo con el territorio de su literatura. Necesita también conocer el tamaño del espacio geográfico, mental y humano que le circunda. De todo lo que andaba flotando y discutiéndose en su aislada serranía, ansiaba forjar su particular síntesis. Todo lo que de su linaje absorbió su temperamento y pasión lo hizo sangre con palabras, con lenguaje, con el ejemplo.

En muy pocas obras, como la de TFC, el camino de lo universal condujo a lo vernáculo; y en ningún otro legado, tampoco, las claves de la cultura autóctona tuvieron una significación tan personal como en este hombre de acendrada merideñidad. Ningún detalle de esa realidad vibrante se le escapa, o le es ajeno. Ni siquiera en los repiques de los campanarios de las numerosas iglesias y conventos alineados a lo largo de la meseta. Algunas claves se ocultarían bajo el choque de los bronces sagrados. Don Tulio registra las letras que la imaginación popular componía en torno a los acústicos sonidos. Ya en serio, ya en broma o según el estado de ánimo de los habitantes –campaneros incluidos– no faltaban oídos que se percatasen de lo que solían decir las campanas repetidamente en el día. Como aquellos repiques de la Catedral, largos y pausados, graves y solemnes, que eran acompañados con succulenta letra:

*La arepa y el caldo
Se están calentando
Para el maestro Rosario
Que está trabajando.*

Estas son claves para los habitantes de la serrana meseta (hábitos alimentarios, la sagrada hora del almuerzo, el tiempo del hogar, la familia y la mesa, hábitos compartidos, la recompensa al trabajo, el alerta eclesiástico, el descanso) como toda la obra del entretenido abuelo. Su indagación sugiere el rpto de las culturas de la ciudad universitaria, agraria y eclesiástica. La fresca y bella conquista de la vida de aquellos pobladores (la sociedad), agricultores (lo agrario), doctores (lo universitario), y religiosos (lo eclesiástico) que formaban la ciudad fue expresada por don Tulio como botín espiritual y testimonio. Por todo ello, ante el merideño ejemplar, acudo hoy no sólo a introducir el contexto de su *Clave histórica de Mérida*, sino más profundamente a ofrendarle los laureles y las frescas rosas criollas regadas por las imperecederas aguas de su ejemplo, como tributo ferviente de gratitud y admiración al cantor prodigioso de ideales y ensueños. Su obra ha florecido y permanece en nuestros espíritus cual claros versos de oro. Sus manos son las mismas que: “...acariciaron la cara rugosa de los pergaminos, y flores de leyenda sacaron de los pergaminos, manos por las que tiene historia Mérida, mucha historia el Occidente de Venezuela, muchas cosas de historia la patria grande”¹³.

Luis Ricardo Dávila

En Mérida de Santiago de los Caballeros,
el caluroso y nublado agosto, 2005.

¹³ Picón-Salas, M., “Para Don Tulio Febres Cordero” (1919), incluido en *Buscando el camino*.



Calle Bolívar, Mérida, Venezuela, años 30



Casa Rosada en la avenida Independencia, Mérida, Venezuela, entre los años 20 y 30